

alguna forma sinónima (Sin.) o bien se lo invita a confrontar (Cf.) otros términos relacionados. Los nombres de la flora y la fauna son acompañados por sus nombres científicos después de la equivalencia en español.

La segunda sección es sólo un índice de la primera, por lo cual es necesario remitirse a ésta para completar la información y acceder a las ejemplificaciones del vocablo en cuestión.

Como se observa, la forma del artículo léxico es sencilla, evitándole al lector no acostumbrado al manejo de este tipo de obras, las dificultades que podría generarle un artículo más complejo, con subentradas e indicaciones de distinto tipo. Se mantiene de este modo el criterio enunciado en la Presentación: facilitar el uso de esta herramienta a los miembros de la comunidad yaqui.

Con respecto al Diccionario, se vuelve necesario subrayar la adecuada conjugación de los materiales léxicos con los textuales, con la intención de servir no sólo a los hablantes de la lengua yaqui, sino también a todo el que se interese por adentrarse en la

estructura del yaqui, y en la cosmovisión que ésta lengua refleja.

Por último, debemos recalcar que el Diccionario Yaqui-Español y Textos, como obra colectiva, es un ejemplo a seguir, pues fue elaborado con la colaboración de los miembros de la comunidad indígena yaqui y de un equipo académico, de modo tal que el producto obtenido resultó en la ampliación de conocimientos y saberes de unos y otros, y de esta manera todos salieron favorecidos a partir de la interacción cotidiana del trabajo conjunto. En una época en que lo individual prima por sobre lo colectivo, esta obra nos lleva a reflexionar sobre la importancia del trabajo en equipo y en la necesidad de involucrar a la comunidad indígena en el quehacer académico, para que el término empoderamiento, tan en boga en los ámbitos universitarios, deje de ser un mero término discursivo y se convierta en una realidad, tal como se ha logrado con el Diccionario que comentamos.

Ana Fernández Garay

CONICET

Universidad Nacional de La Pampa

¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986).

José Luis DE DIEGO

Buenos Aires: Ediciones Al Margen, 2003. 317 páginas.

El período que abarca la última dictadura en Argentina (1976-1983), el llamado “Proceso”, ha suscitado

una copiosa producción de análisis acerca de diversos aspectos de aquella etapa y desde diversos

lugares de abordaje. En numerosas ocasiones, este hecho funciona como una limitación para la investigación: lugares comunes, simplificaciones, investigaciones parcelarias o inclusive, maniqueas, que al configurarse como una experiencia personal abandonan la objetividad pretendida en toda investigación. Estos aspectos son los que *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)* de José Luis de Diego se propone como un primer desafío a superar.

Por ello, el libro aquí reseñado se propone volver a pensar, desde una mirada crítica y no sólo denunciante, las relaciones entre los campos intelectuales argentinos e hispanoamericanos y la política, los cambios operados en el interior de estos campos, sus tensiones y reacomodamientos a partir de la experiencia trágica de la persecución, la muerte y el exilio, como así también, las estrategias de resistencia frente a las prácticas de represión.

Se trata de una tesis de doctorado, que quizá por las problemáticas que aborda, se diferencia de muchas otras, pues toma conciencia de las limitaciones del género e intenta superarlas. Es decir que se plantea como segundo desafío una rigurosidad investigativa sin cerrar la posibilidad a que lectores no especializados se acerquen a estas temáticas sin un caudal excesivo de saberes teóricos. En este sentido, la escritura de José Luis de Diego se va sustentando en

una serie de supuestos teóricos que no se encuentran explicitados y que, sin embargo, por la precisión de los enunciados y la adecuada selección de casos, se comprenden con claridad. Se trata, por ejemplo, de las teorías de los campos intelectuales de Pierre Bourdieu y de Raymond Williams, en las que se establece la existencia de grupos dominantes (formas políticas de coerción a través de la hegemonía, que están atravesadas por contradicciones y conflictos), residuales (fases o formaciones anteriores aprovechables) y emergentes (nuevos significados, valores, prácticas, relaciones y tipos de relaciones). Con este aparato teórico se analizan las tipologías de las producciones narrativas en el campo literario argentino de las décadas de 1970 y 1980.

En el devenir de la escritura, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?* explicitará de manera metalingüística la dificultad de enunciar estos sucesos en los que se ha participado, en contrapunto con el tipo discursivo elegido. El desafío se plantea en términos de un equilibrio: no caer en una falsa neutralidad “descomprometida”, pero tampoco en una subjetividad improductiva para la investigación científica. De Diego lo plantea en estos términos:

1) el uso de la persona gramatical y su relación con la objetividad: “Los instrumentos de análisis, o bien deberán afinarse de modo de reducir al máximo las presiones de la subjetividad, o bien deberán admitir que la primera persona se filtre

como un elemento más en la conformación del objeto [...], trataremos de recorrer la primera de las alternativas.” (105);

2) el uso de subjetivismos en la escritura: “Esta dificultad se plantea en la escritura misma: la elección de ciertos términos, el énfasis en la adjetivación, el acento en tal o cual hecho; si suele afirmarse que la escritura nunca es inocente, ese axioma, cuando se habla de la dictadura, resulta flagrante. Intentaremos sortear esos riesgos.” (106).

La focalización de la observación estará centrada en un período que, como ya lo anticipa el título, se extiende desde comienzos de la década de 1970, abarcando hasta el período denominado como “pos-dictadura”. De manera que este texto establece un nuevo recorte temporal, sólidamente fundamentado en la introducción, tomando como bases, por un lado, los aportes de Oscar Terán, Abelardo Castillo, Eduardo Peñafort, Héctor Schmucler, Rogelio García Lupo, Carlos Floria y Beatriz Sarlo, y por otro, a partir de un intenso trabajo de documentación (hemerográfico, testimonial y de ponencias en congresos) que permite dar cuenta de este período como una nueva etapa, diferenciada de la década anterior. Asimismo es fundamental la consideración de uno de los principales factores del cambio: la brusca modificación del contexto político: “[...] los setentas pueden ser identificados a partir de rasgos propios y diferenciados, resulta inevitable considerar el brutal

impacto que representa el golpe militar del '76 para la sociedad en general y para el campo intelectual en particular” (15).

Este recorte temporal será uno de los aportes más interesantes del texto que se glosa, ya que postula la década de 1970 como una etapa de transición que, paulatinamente, irá dando lugar a nuevas concepciones acerca de la función del escritor, que pasará de ser el portavoz de la revolución al orfebre de la palabra y a un conspirador contra el Estado, que ya no intenta modificar la sociedad sino que tan sólo se limita a reclamar por el respeto de los derechos humanos. El cambio en esta etapa también estará dado por el surgimiento de una nueva crítica literaria como práctica específica que, sustentada en un fuerte aparato teórico, intentará “desacralizar el texto [...] explicitar su ideología [...] subrayar un interrogante sobre las ideas” (88). Un insistente interés por la novela, una creciente desconfianza de la literatura como reflejo de la sociedad, nuevos modos de procesar simbólicamente la experiencia y la modificación del canon literario argentino serán otros tópicos presentes en esta etapa. De manera que el paso de los '70 a los '80 será una continuidad que irá *in crescendo*. Entre medio, el golpe militar, funcionará como el principal agravante en esta situación crítica. Posteriormente, el período llamado “pos-dictadura” se caracterizará por la forma discursiva del debate, que aunque estuvo fuertemente presente durante los '70, la principal

diferencia radicaré en el punto de vista y en el objeto de focalización: mientras en los '70 se debatía sobre el futuro, en los '80 se configurará como una discusión retrospectiva: "En ambos casos, proliferan los argumentos *ad hominem*, pero cambia la pregunta: de '¿qué estás haciendo por la revolución?' a '¿qué estuviste haciendo durante la dictadura?'" (121). Se piensa, entonces, en los años '70 como una década partida en dos: una primera etapa que es extensión de los '60 y una segunda etapa marcada por la dictadura que se extenderá unos años más allá de los '80, hasta el inicio de la democracia. La nueva etapa que se inaugura una vez restaurada la democracia, tampoco es presentada de manera uniforme; el período de pos-dictadura puede pensarse, según esta propuesta, en dos instancias: una primera etapa en la que el campo intelectual se sustenta en la confianza, las expectativas positivas y el apoyo al gobierno alfonsinista, actitud que paulatinamente se irá fracturando en la desilusión y en la crítica creciente de una segunda etapa. Esta configuración temporal queda claramente visualizada en la organización tripartita del texto de José Luis de Diego: el análisis del campo intelectual y literario desde 1970 a 1976, la dictadura y el exilio y el análisis del campo intelectual y literario en la pos-dictadura.

Cada uno de los capítulos se abre con una contextualización del período que se va a abordar y, en algunos de ellos, con una

problematización del tratamiento que ha recibido el objeto de estudio: el campo intelectual argentino de la década del '70. En general, se alude a los significativos silencios en el estudio de este período, que contrasta con las continuas revisiones que actualmente se realizan de la década del '60. Existe, en este texto, una incesante preocupación por nombrar, quizá como un intento de exorcizar el olvido, en los continuos catálogos que se van enumerando de libros, autores y revistas de la etapa de dictadura y exilio. Sin embargo, el proyecto de José de Diego no concluye en esta tarea de recopilación sino que se enriquece con el análisis de las principales publicaciones de la época, en un intento de sistematización de aquello que se presenta como una tierra aún no explorada.

Es así que el texto aquí reseñado inicia el análisis de tópicos recurrentes en publicaciones coetáneas del campo intelectual de izquierda, que inician su actividad antes del golpe de Estado de 1976. Se trata de las revistas Nuevos Aires y Crisis. En ambas se analiza, como uno de los temas centrales, la politización del intelectual, que se presenta en relación con dos frentes de vanguardia: el que cree que el compromiso con la revolución se realiza desde las formas artísticas (y se cita a Cortázar como principal exponente) y el que considera que no es posible otro compromiso con la revolución que el accionar en la política (en este caso es Vargas

Llosa quien representa a este grupo).

Resulta interesante el análisis realizado acerca del proyecto ideológico de la revista *Crisis*, en la que, desde un discurso explícitamente antiliberal y peronista, se intenta una revisión histórica. Aunque de Diego no se extiende demasiado en este análisis, deja abiertos ciertos espacios de reflexión para el lector interesado en rastrear las prácticas de revisionismo histórico, desde los cuales se puede pensar este proyecto como un intento de desnaturalizar los discursos historiográficos oficiales. Dos aspectos resultan significativos por diferenciarse de otras prácticas revisionistas: por un lado, el lugar desde donde se realiza esta revisión —la crítica— y los procedimientos utilizados —la transcripción de documentos claves (una carta de Rosas, un texto de José Hernández sobre el monopolio en Buenos Aires, un reportaje a Arturo Jauretche, entre otros)—. Por otro lado, es también significativo el hecho de que, en el transcurso de las publicaciones, este revisionismo se vaya consustanciando con la idea de revolución: “[...] la revisión se revela como imprescindible para dotar de diferentes contenidos al proyecto revolucionario: éste deberá nutrirse de un verdadero mandato histórico, y a medida que le revisión se produce se desvanece la presencia de los clásicos de la izquierda y se fortalece la operación de resurrección de los hombres del nacionalismo argentino.” (42).

Este particular revisionismo

histórico es presentado por José Luis de Diego, entonces, como una estrategia legitimadora del discurso de *Crisis* y como un intento de conformar una nueva identidad para la izquierda nacional.

De la misma manera *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?* analizará el discurso de la crítica literaria de la primera etapa de los '70 a partir de la revista *Los libros*. Se trazarán, luego, las continuidades y rupturas entre los proyectos de publicaciones posteriores como *El Ornitorrinco* y *Punto de vista* en relación con *El escarabajo de oro* y *Los libros*, respectivamente.

El análisis se centra especialmente en *Punto de vista*, por ser una revista que continúa publicándose y que ha introducido a la crítica argentina en una modernización, elaborando nuevos sistemas interpretativos, no sólo de textos literarios sino también de otras realidades sociales.

Al abordar la etapa del exilio, el texto que aquí se glosa realiza un previo deslinde semántico del término y un recorrido histórico de los exilios en diversas culturas. En un intento de elaborar categorías que permitan comprender las experiencias de exilio, nuevamente se buscan los tópicos que atraviesan reincidentemente las narraciones, que en un primer momento se presentan como demasiado particulares. Dolor y desarraigo, trabajos de supervivencia, dificultad de integración en una cultura, presentismo absoluto y privilegios del exilio son las isotopías que

aún los testimonios.

También esta etapa se ve marcada por la polémica “los que se fueron vs. los que se quedaron” a partir de la discusión entre Julio Cortázar y Liliana Heker y del artículo de Gregorich, cuya trascendencia es analizada por de Diego en tanto “[...] pusieron en escena un conflicto en el seno del campo intelectual provocado por la violenta irrupción de la dictadura: sumarse o no a ese conflicto fue una decisión ética y política que los escritores resolvieron de diferentes maneras.” (196).

Los diversos testimonios de intelectuales, artistas y escritores son puestos en diálogo con una multiplicidad de discursos de análisis. De esta manera, convergen y se confrontan voces a través de las cuales se puede reconstruir los modos cómo el campo intelectual se va reconfigurando. Una vez recuperada la democracia, el paso de la participación política al compromiso ético, la mirada de los '80 hacia los '70 —según de Diego, “distorsionada”— que califica los proyectos setentistas como “utópicos” y la creciente decepción frente a una democracia, que cada vez es más formal y menos un proceso de superación de las desigualdades sociales, reacomodarán los roles intelectuales que asumirán el lugar de la crítica social y ya no de la participación política.

Este recorrido se “cierra” magistralmente con un capítulo acerca de la relación experiencia-

narración-novela luego del impacto que significó el “Proceso militar” en los campos intelectuales, literarios y en la sociedad en general. Para ello se recurre a los postulados de Walter Benjamín sobre el fin de la narración. Si bien éste es un capítulo más complejo y, en ese sentido, de Diego se aleja un poco del intento inicial de proyectar su texto hacia un público amplio, es el más fecundo, pues todas las líneas de discusión que se abren en lo analizado previamente desembocan en problemáticas de actual discusión y muy ligadas a la transformación del sistema literario de la pos-dictadura, que será el objeto de este último capítulo.

La intensa labor crítica y ficcional de Piglia y Saer, considerados por de Diego, como “escritores ‘faro’ de las últimas décadas”, los situará como algunos de los agentes de estas modificaciones en el canon. Resulta significativo este último aspecto en relación con recientes declaraciones controversiales de Ricardo Piglia acerca del canon literario argentino: “El canon es eso: algunos libros que hay que leer, que se supone que a partir de ahí se puede discutir la literatura. Eso no es un problema de los escritores. Salvo en la Argentina, donde todos los escritores están nerviosos y se pelean por estar en el canon, cuando yo creo que un escritor tiene que tratar de escapar del canon; el canon es un lugar de cristalización, ¿quién puede querer estar en el canon? No sé.” (Revista *Ñ*, 59, Buenos Aires: *Clarín*: 13 de

noviembre de 2004: 42).

La paulatina diferenciación entre el realismo y lo real, en este último período analizado por José Luis de Diego, llevará a superar la oposición sesentista entre realismo y vanguardia y a la conformación de una poética de la incertidumbre y ya no del compromiso y la transformación social. La experiencia será abordada desde otras formas narrativas diferentes a la novela y el eje de esta variación estará centrado en las recanonizaciones que van de Cortázar a Borges: “[...] la figura de Borges es el referente canónico más fuerte durante los ’80, es posible advertir su legado en los novelistas de entonces: la imposibilidad de representar lo real, la desconfianza en la lengua como instrumento de esa representación imposible, el abandono de motivaciones históricas o psicológicas como órdenes previos a su elaboración discursiva”. (266).

Aunque sus fundamentos están sólidamente elaborados, resultan polémicas ciertas afirmaciones de

José de Diego con respecto a la producción cortazariana, que estarían consagradas-esclerosadas, pero a la vez fuera del interés de la crítica. Quizá, referidas a las primeras etapas de la pos-dictadura, sean ciertas y deban revisarse en función de estos últimos años, en los que el vigésimo aniversario de su muerte lo resituó en la discusión académica y crítica y en la circulación editorial. El alcance temporal del trabajo reseñado limita estas consideraciones y, en su lugar, instalan y dejan abierta la discusión.

Evidentemente ése es el intento del trabajo de José Luis de Diego: instalar el interrogante, abrir líneas de reflexión, dejar en suspenso la pregunta acerca de los lugares desde donde se funda y consolida nuestra literatura: “Perdidos en esta diáspora, ¿quién de nosotros escribirá el Facundo?”(cita de Piglia. 153).

María Florencia Geipel
CIUNSa
Universidad Nacional de Salta

Léxico técnico de filosofía medieval.

Silvia MAGNAVACCA.

Buenos Aires: Miño y Dávila, 2005. 847 páginas.

Ignoti nulla cupido.

“Nada es querido, a menos que sea previamente conocido” indica la sentencia escolástica que incluimos como epígrafe de esta reseña. Y con esa idea parece relacionarse el propósito de Silvia Magnavacca en

su *Léxico técnico de filosofía medieval*: contribuir al conocimiento del pensamiento filosófico del Medioevo a través de su frondoso vocabulario permitirá “querer” un poco mejor esta etapa histórica. Sabido es que durante mucho tiempo se consideró a la Edad Media como